



LA Balsa de la Culada

Unicamente los ancianos del lugar recordaban haber visto abrirse una grieta en la antiquísima torre de su iglesia parroquial, un horrible día de tronada (por cierto que se apedreó todo el término); pero desde esta fecha, que sería cuando facciosos y cristinos se rompían el alma en los llanos de Herrera, nada había venido á poner en lenguas la tranquilidad del bonito monumento mudéjar y si algún mozo guasón hacía blanco de sus chirigotas la vejez de aquellos venerables ladrillos, nunca faltó un sentencioso que le objetara:

—Ya vivirá buen *recau* de años más que tu... ¡mocoso!

Lo cierto es que iba tirando mucho tiempo la torre de Villanueva con su especie de corcova, pues he de advertir que tenía una bastante sensible inclinación hacia la plaza de la villa, circunstancia que habían aprovechado no pocos villanovanos ilustres en las letras para decir una porción de curserías, llamándola *vigía y celoso guardián que parece inclinarse para...* (cada uno la hacía inclinarse para lo que venía á pelo). Y nada se había oído ni observado que interrumpiese la bucólica paz de los vecinos, como no fuesen las noticias que de pronto empezaron á correr por todos los rincones de la villa acerca de la venida de tres señoritos así como de Madrid ó de Francia, según el popular dictamen fisiognómico, y que tres días llevaban ya al pié de la torre mirando arriba y abajo, tomando notas en sendas carteras y solicitando permiso para subir á las casas próximas y saliéndose fuera del pueblo

seguidos de una turba de chicos y provistos de respetable copia de grafómetros, teodolitos y niveles.

Ni una sola palabra decían los forasteros, al menos *coram populo*; ni los buenos días, ni la menor inclinación de cabeza si el cura ó el maestro ó el albéitar pasaban á su lado. Los suspicaces vecinos que se acercaban al verles reunidos y platicando entre sí, quedaron aturcidos bajo el diluvio de logaritmos, raíces cúbicas y letras y cifras que vomitaban aquellas fauces en una voz tan baja que difícilmente llegaba á la visera de carey de sus blancas gorrillas.

El alcalde, el buenazo del alcalde, un vecino de arraigo y de no pocos alcances era el único que mereciera no ya un saludo si que una visita larga y detenida de los tres personajes; mas como si el lacónico proceder de ellos fuese peste y contagio, he aquí que el alcalde mismo quedó hecho una tapia á las preguntas del *todo Villanueva* que inundó el patio del concejo sabida que fué la nueva de la visita.

Empero si fué refrán de jueces que el secreto de tres no es secreto, cuánto menos lo fuera en este caso siendo ya cuatro los admitidos al esotérico culto de la ciencia y del cálculo, máximamente habiendo uno harto flaco por sus circunstancias en lo de guardar noticias en el arcón viejo y querado de la humana prudencia. Así, que, partiendo de una femenil cuchufleta, la confidencia fué divulgándose y aquella misma noche, en plena tertulia de la boticaria, fué una teniente-alcaldesa y *escudilló* la noticia, según frase del juez municipal.

A los pocos minutos se sabía en la taberna y al clarear la luz del siguiente día, cuando gañanes, peones, mayoresales y *logueros* buscaban con paso lento y charla apresurada el sitio de sus agrestes faenas, todo el pueblo echaba á borboto-nes los comentarios, las noticias escalonadas, las hipótesis, las baladronadas más gallardas sobre el pavoroso tema: —¡La torre se cae!—

Si el alcalde en el buen deseo de co-

municar á su amante esposa el texto cuasi taquigráfico del dictamen pericial incurrió en algún error de interpretación ó si la mujer lo oyó mal ó no lo entendió bien, ó si al referirlo á otras gentes éstas cayeron en erratas graves, no es fácil averiguarlo; mas es seguro que las bocas populares comenzaron á mascar frases estupendamente apartadas de su genial romance y hubiérase dicho oyendo á los pastores y mozos de mulas hablar de *ruina pogramista*, de peligros *eminentes* y otra porción de lindezas, que todos allí eran locos ó tipos de comedia ó negros catedráticos.

Súmese á esto el repertorio de locuciones que la clase elevada, los primates de Villanueva pusieron en uso con motivo del gran suceso, pues toda la gente de pantalón hablaba de *un día de luto*, de la *vida de uno solo de sus convecinos*, de la *unidad de miras* y del *común bienestar* y cualquiera adivina que no era la problemática ruina de la torre el peor mal de cuantos amenazaban al manso vecindario.

II

Un ser humano sin zozobras, sin grandes ocasiones, dejaría el ser humano porque las zozobras son excitante amargo de sus potencias y aceite muy suave para los muelles del pensar. Sin esto no habría historia, que es narración de las grandes ocasiones del mundo, y este nuestro cerebro, tan sublimado por alemaniscos atrevimientos de escuela, acabaría en las revueltas viscosas del seso irracional, en la especie de natilla espesa de ofidios y batracios.

Porque nunca sucedió nada á los habitantes de Villanueva, sus luces eran escasas, sus facultades rudimentarias; hasta en las caras de hombres y mujeres había algo que denunciaba el más vergonzoso salto atrás, si ha de creerse á un veterinario transformista que posteriormente escribió de antropología villanovense.

A pesar de todo es indecible el esfuerzo á que los ingenios viéronse sujetos por aquellos días, como inenarrable el cúmulo

de proyectos, presupuestos, enmiendas, adiciones y teorías que brotaron de unas y otras cabezas en previsión de la obra futura. También me creerán todos si digo que quienes más atrevidos planes lanzaron eran los imperitos en haciendas de construcción; un quinquillero quería echar *gafas* á la torre por la parte agrietada; el maestro cubero propuso que se le encinchara con buenos zarcillos de hierro; todos, en fin, estaban á cuál más disparatados, salvos el albañil que quería se tirase la torre y se volviese á levantar y el maestro de escuela que pedía... que le pagaran sus atrasos y no tocasen la torre.

Empero todo juicio quedó en suspenso y toda decisión impedida cuando se supo que al día siguiente el muicipio en cuajo iba á celebrar una sesión, fuera de cuenta, para oír una oferta que los señoritos de atrás traían aparejada. Entonces fué cuando el «¿qué será?» hizo de las suyas, cuando todos afilaron sus sentidos, cuando la malevolencia asomó en todas

las cabezas, ora en sentencias de escama, ora en frases de ánimo y desconfianza con que cada cual prevenía á sus más próximos representantes en el ayuntamiento. Llegó á ser opinión muy seguida en aquellas veinticuatro horas la sospecha de que los tales huéspedes trataban de llevárseles la torre, como cosa de mucho mérito que era, á cambio de dinero ó *cualquier otra porquería*.

Cuál no sería el estupor, la admiración, el entusiasmo que agarró á todas las cabezas de pró cuando al día siguiente supieron por los recién llegados que la torre podía continuar dominando gentilmente la iglesia y el pueblo con *sólo* desdoblarla, con *sólo* hacerla recobrar la situación erecta y rellenar luego alguna pequeña grieta y repasar imperfecciones de poquísima importancia...

Discursos llenos de cariñosos conceptos atajaron la propuesta de los ingenieros, pues ya se llamaban así oficialmente, salva alguna leve variación que los labios concejiles poco acostumbrados al

paso de nombres profesionales, se sirvieron otorgarles al pronunciar su honrada ocupación. Tal regidor daba las gracias entre transportes de entusiasmo y pucheros de emoción; tal otro se elevaba á la historia tradicional poniendo en la torre todas las glorias de Aragón, de España, del mundo; aquél sin meterse con César Cantú hablaba de los adelantos modernos; éste agitaba la cuestión económica y escudriñaba los medios para cubrir los gastos, y ya empezaba á apuntar la idea de una suscripción popular cuando le hizo callar el gesto avinagrado de sus convecinos y una señal del más caracterizado de los ingenieros, quien tomó la palabra diciendo que nada había de gastarse, pues el acto de remozar el monumento sería obra de sólo un rato y tendría por colaboradores á los mismos vecinos.

Seguidamente expúsose el plan detallado. Amarrado un poderoso cable al eje de la torre por entre las troneras del campanario, saldría la otra punta á las

afueras del pueblo, desde donde, unidos todos, hombres y mujeres, al oír una badajada de la campana mayor, darían el formidable tirón que restituyera á la torre su vertical y á la villa su paz nunca rota. Uno de los ingenieros, subido al campanario, haría la señal esperada mientras los otros dos ultimaban detalles.

Diez minutos después, todo el pueblo corría frenético diciéndose el proyecto entre sollozos y gritos, vítores, exclamaciones y alegría.

Cuando el alcalde salió del Concejo para irse á comer, una turba ingente se precipitó sobre él pidiéndole la noticia que todos sabían, y el infeliz, con un hi-po que enternecía el alma y enjugándose con la manga del chaquetón unos lagrimones del tamaño de bellotas gordas, decía ó quería decir:

—¡Hijos míos!... esos hombres... esos ángeles... la torre... ¡la van á *endrezar!*

III

Y el día señalado, todas las gentes de la villa estaban perfectamente alineadas á lo largo de una maroma que serpeaba por el camino vecinal que conduce al recinto por entre esplanadas de trigo y viñas lozanas con su verde rozagante y frescachón.

Todo el mundo oyó la señal de apercebimiento y la maroma desapareció entre tantas manos, quedando tirante y en ángulo agudo con la prominente torre. Un sepulcral silencio, sólo interrumpido por algún perezoso que aun se escupía en las manos después de la señal, y en fin..... no sabe nadie lo que allí pasó. Una campanada, una maroma que cruje y se rompe al ser tan brutalmente solicitada y ochocientas masas isquiáticas que caen de golpe al suelo produciendo indecible terremoto.

Abrióse ancho pozo y la superficialidad de una vena líquida en aquel paraje dió al pueblo una balsa de ricas aguas

que aún subsistía en los tiempos en que me fué referida tal historia.

Nadie supo más de los ingenieros. Díjoseme posteriormente que eran tres estudiantes de farmacia.

Sólo indagó el juez del partido, previo dictamen de los maestros alpargateros del Huerto del Oficio de Zaragoza, consultados al instruir el sumario correspondiente, que la cuerda no fué rota por el esfuerzo y sí *cortada en el mismo campanario con cuchillo, hoz ó podadera.*

Si alguno quiere beber agua fresca y rica en todo tiempo, no tiene más que ir á Villanueva, y si alguno quiere correr, que éntre en el pueblo y pregunte por la balsa de la Culada.

